

Prólogo

Massoum Abbasi aborrecía el mar. El nauseabundo olor a sal y el ruido incesante le molestaban más de lo que podía llegar a expresar. Él era un nómada de Dravhistan, un hombre del desierto, acostumbrado al silencio de la arena, a un paisaje árido y reseco, a un cielo azul interminable. Las nubes turbulentas, las olas rompientes y las gaviotas chillonas eran ajenas a su experiencia, pero Massoum estaba dispuesto a soportarlo, pues la recompensa era considerable.

La ruta más rápida desde el puerto dravhistano de Aluk Vadír a la ciudad portuaria de Steelhaven era por barco, de modo que Massoum había pagado de mala gana por su pasaje y se había embarcado en aquella travesía. Decían que se podía sufrir mucho para conseguir riquezas, y él lo había creído así hasta que estalló la primera tormenta. La tripulación del *Reigning Sceptre* estaba formada casi en su totalidad por temerarios hombres del Oeste capaces de reír frente a vientos azotadores y cielos atronadores. Aunque la carabela se elevaba y era arrojada de una ola imponente a otra, la tripulación se ocupaba de sus tareas impasible, como si fuera una rutina.

Para Massoum era como si se acabara el mundo.

Se había aferrado a las jarcias como si le fuera la vida en ello, los dedos se le habían quedado blancos por el espanto con el que se agarraba y por el frío de los vientos tormentosos. Los ropajes que llevaba para hacerse pasar por comerciante estaban cubiertos de vómito y el pañuelo que le envolvía la cabeza había salido volando con el vendaval, dejando su largo cabello expuesto a los elementos, pero a él le importaba muy poco. Lo único que importaba era sobrevivir. Y, por supuesto, pese al enfurecido torrente que amenazaba con arrojarlo de la cubierta en cualquier momento, él había sobrevivido.

Claro que Massoum Abbasi era un superviviente nato, un hombre acostumbrado a correr riesgos y a reclamar las recompensas consiguientes. Sus habilidades habían sido muy cotizadas en el pasado y sus benefactores generosos en sus pagos.

Abbasi había sido adiestrado en las filosofías divergentes de la guerra por el Shadir de Gul Rasa y había sido consejero militar de tres príncipes del desierto. Había negociado la paz entre los sultanatos enfrentados de Jal Nassan, había actuado como diplomático para el Kali Ustman Al Talib en la corte de los Señores del Sol de Han-Shan y había sido heraldo del Egrit de Rashamen. Su reputación había crecido a lo largo de los años de modo que el mero rumor de su llegada bastaba para incitar a la corte del más rico de los sultanes a recibirle con un sendero cubierto de flores y un banquete suntuoso. Había sido una buena época, en efecto, y Massoum había llevado una vida de noble, elogiado como el más sensato de los consejeros y rodeado de hombres influyentes y opulentos que decían ser sus amigos.

Pero todo eso había cambiado.

Un acto de lo más trivial lo había degradado: la más leve sonrisa dirigida a la duodécima esposa del Kali, que ni siquiera era su favorita, pero eso había bastado para suscitar rumores en la corte, había bastado para que los visires susurraran y los eunucos se rieran con su voz aguda, y eso fue todo. Desterrado. Expulsado a los cuatro vientos. Al menos le habían ahorrado el filo de la hoja del verdugo; eso era algo que podía agradecerle al Kali.

Los últimos cuatro años habían sido duros para Massoum. Sus talentos tenían muy poca utilidad en las calles sucias de las ciudades de Dravhistan. Allí donde antes sus palabras melosas y su sabiduría imparcial habían estado muy solicitadas, ahora no servían de mucho. El hambre y el miedo eran sus compañeros constantes y casi había llegado a estar tan desesperado como para considerar desempeñar algún trabajo manual; pero cuando parecía que la luz de Asta'Dovashu lo había abandonado por completo, de pronto el dios del Viento del Desierto le había sonreído.

Massoum Abbasi pensó en aquella noche, la noche en que le ha-

bían ofrecido riquezas más allá de lo imaginable a cambio del mero hecho de prestar sus talentos. Había aceptado y eso lo había llevado allí, a aquel lugar, a aquella ciudad apartada de su tierra natal, y de repente se estaba preguntando si la travesía habría valido la pena aun a cambio de todas las riquezas de los reinos orientales.

Desde cubierta apenas divisaba la ciudad de Steelhaven en la distancia, achaparrada en la costa como un nido de hormigas gigantesco. Aunque la travesía de Massoum había resultado muy desagradable, sabía que lo peor estaba por venir en cuanto pusiera el pie en aquella sucia metrópolis. Tenía una reputación infame, incluso en el remoto Dravhistan: el peligro de sus calles estrechas y tortuosas, la incultura, los modales salvajes y el aliento pestilente de sus habitantes. Por no mencionar su comida insípida y su insistencia en echarse cerveza al colete hasta que vomitaban.

Massoum tendría que adaptar su habitual y estricta observancia de la etiqueta cuando tratara con aquellos occidentales ignorantes. Su nombre debía ser corto y dulce, pues ninguno de ellos podría, o se molestaría siquiera, en dirigirse a él de manera adecuada por su título de Massoum Am Kalthed Las Fahir Am Jadar Abbasi.

Mientras que en cubierta resonaban las órdenes impartidas en el brusco idioma teutónico, Massoum sujetó con más firmeza la bolsa de cuero bordada que llevaba en bandolera y la atrajo contra su cuerpo con un gesto protector. Aquella bolsa era su vida, contenía las herramientas de su oficio y él quiso protegerlas de forma instintiva. Aunque el contenido pudiera parecer baladí e incluso inútil, la bolsa tenía más valor de lo que cualquiera podría haber supuesto. Y de eso se trataba. Si lo paraban y lo interrogaban, podría hacerse pasar fácilmente por un comerciante que había acudido allí para negociar. La guardia de la ciudad o la inquisición lo tendrían complicado para demostrar que era cómplice de algún delito, pues si sospecharan de sus intenciones sólo habría un crimen que encajaría: traición. Lo último que quería era que clavaran su cabeza en una estaca en la puerta principal de Steelhaven, lista para recibir al ejército de Amon Tugha cuando éste llegara para arrasar la ciudad y reducirla a cenizas.

—Ya casi hemos llegado, mi amigo del Este.

Era una voz grave que lo distrajo de sus cavilaciones y que pronunció aquellas palabras en un raro dialecto septentrional del teutónico, pero Massoum reconoció el idioma y la inflexión como si fueran suyos. Su dominio de muchas de las lenguas del oeste no tenía parangón. Al fin y al cabo, ésa era una de las razones por las que lo habían elegido para esta tarea.

—En efecto —respondió él, y se volvió con una sonrisa hacia el primer oficial, cuya calvicie relucía bajo el sol de la tarde—. Por agradable que haya sido la travesía, lamentablemente ésta debe llegar a su fin demasiado pronto.

El primer oficial le guiñó el ojo con complicidad; toda la tripulación tenía muy claro que Massoum había aborrecido el viaje de principio a fin.

—¿Tienes negocios en Steelhaven, hombre del este?

Massoum notó que se le ponía la carne de gallina en la nuca, empero conservó la sonrisa cordial bien afirmada en su rostro. Aunque lo más probable era que se tratara de una pregunta inocente, de una simple conversación trivial, sería una estupidez arriesgarse y revelar la verdad, sobre todo cuando se encontraba tan cerca de la costa donde podría perderse en las calles laberínticas y dejar atrás a cualquiera que mostrara demasiado interés.

—Sí —contestó—. Soy un comerciante que viene a negociar. Un tratante de especias. Tengo entendido que Steelhaven es un gran mercado y que sus comerciantes están dispuestos a pagar un precio justo.

Aquello hizo asomar una amplia sonrisa a labios del primer oficial.

—Un precio justo, ¿eh? Bueno, tú ándate con pies de plomo, viajero. Podrías encontrarte con algo con lo que no contabas. En Steelhaven no se hacen prisioneros, sobre todo extranjeros. Guárdate las espaldas y vigila el monedero en todo momento, ¿me oyes?

Massoum se limitó a inclinar la cabeza para agradecer aquel consejo innecesario, se llevó un dedo a la frente y luego a los labios al estilo tradicional de los nómadas de Dravhistan. El primer oficial asintió y acto seguido fue a ocuparse en algo a otra parte de la cubierta.

Girándose hacia la proa, Massoum contempló la ciudad que iba apareciendo cada vez más grande. El barco se convirtió en un hervidero de actividad mientras los marineros fornidos reducían velas y se gritaban unos a otros por encima de los chillidos de las gaviotas. Steelhaven, que antes desde el mar lejano había parecido un enorme monolito de piedra, se fue revelando poco a poco en todo su esplendor. Las torres se alzaban al otro lado de las vastas almenas de la muralla; no eran los chapiteles abovedados de su tierra natal a los que estaba tan acostumbrado, sino unas construcciones cuadradas y robustas, imponentes y opresivas. Si aquélla era la preferencia arquitectónica de los minaretes más altos y opulentos de la ciudad, sólo podía imaginarse qué clase de monstruosidades achaparradas se habrían construido a la sombra de éstos. Por encima de todas aquellas torres se alzaban dos grandes estatuas que representaban unos guerreros, un hombre y una mujer; él llevaba un martillo enorme y ella una lanza y un escudo. Arlor y Vorena, los antiguos héroes que los teutones reverenciaban como dioses. Al ver por primera vez aquellos monolitos que miraban por encima de la ciudad con antiguos ojos de piedra, Massoum no pudo evitar quedar impresionado.

El barco navegaba a una velocidad constante hacia el puerto y Massoum halló aún más consuelo en el enorme muelle, construido en forma de media luna formando una bahía en la que había todo un despliegue de embarcaciones distintas de todos los colores. El *Reigning Sceptre* fue zigzagueando con pericia entre ellos para dirigirse a un amarradero vacío situado en el ápice de la bahía, directamente bajo la sombra de la vasta entrada del puerto de Steelhaven.

Los cabos que se lanzaron a tierra fueron recogidos por unos estibadores diligentes que los sujetaron a toda prisa a unos pivotes de amarre. Antes de que el *Reigning Sceptre* hubiera llegado a tocar la madera del muelle, se arrojó una pasarela desde la proa y una docena de marineros empezaron a aflojar las cuerdas y redes que sujetaban las pilas de carga aseguradas en cubierta.

Massoum avanzó sin esperar a que le dijeran que desembarcara. Había pagado su pasaje al completo y no estaba dispuesto a pedir

permiso para librarse del barco que tantos problemas había causado a sus facultades.

La pasarela se bamboleó bajo sus pies cuando la cruzó con cuidado e hizo que durante un segundo el corazón le atronara en el pecho antes de que lo bañara un sudor de puro alivio cuando puso los pies en el embarcadero de madera. Inspiró profundamente y se llenó los pulmones con el hedor a pescado pasado, pero le importaba poco; era la primera vez que respiraba en tierra firme desde hacía días.

Massoum emprendió la larga caminata cuesta arriba hacia la entrada del puerto, pero se tambaleó de inmediato, como si el suelo mismo que pisaba se estuviera moviendo. Había oído hablar a los marineros del *Reigning Sceptre* de las «piernas de marinero», pero pensó que sería un mal que sólo afectaría a los hombres de mar experimentados. No había duda de que estaba equivocado, pues una oleada de náusea se sumó al mareo y tuvo que apretar los dientes para no vomitar por todo el puerto.

De repente, lo único que Massoum quería era un vaso de té de anís, sentir cómo su calor le calmaba el estómago y cómo la dulzura de la canela y la miel se llevaban la bilis ardiente que amenazaba con subirle por la garganta. A regañadientes, metió la mano en la bolsa que llevaba al hombro, esa valiosa bolsa, hurgó en su interior y rebuscó entre su contenido aleatorio hasta que su mano se cerró sobre un pequeño frasco de peltre. Lo sacó frenéticamente, desenroscó el tapón y se llevó la boca del frasco a los labios. El licor espeso le quemó la garganta al bajar por ella, pero sofocó el sabor a vómito y en cuestión de momentos se le pasaron las náuseas.

Massoum se sintió un poco más recuperado y siguió subiendo por la rampa adoquinada hacia la enorme puerta, rodeado de comerciantes y marineros que iban y venían de la ciudad con fardos pesados, cajones de embalaje y diversas bestias de carga con las que transportaban sus mercancías. Al acercarse más alcanzó a ver por encima del umbral de la puerta hacia la ciudad propiamente dicha en tanto que la multitud se precipitaba como un vasto enjambre hacia la miríada de calles del otro lado. Massoum tenía que pasar junto a los guardias de la puerta que escudriñaban a los que querían entrar y que de vez en cuando aparta-

ban a un comerciante o marinero del gentío para interrogarle y comprobar sus posesiones en busca de contrabando. Massoum no sabía qué se consideraba contrabando en aquel pozo de iniquidad, pero era muy consciente de que con las fuerzas invasoras en la frontera del país, los guardianes de la ciudad estarían al acecho de cualquier clase de espía o infiltrado.

Massoum mantuvo la cabeza gacha y avanzó con el gentío. Tendría más posibilidades si evitaba el contacto visual, si no llamaba la atención, aunque se dio cuenta de que sería imposible. Sin ir más lejos, su ropa ya lo hacía destacar como extranjero y al instante lamentó no haber adquirido un atuendo más apagado que le hubiera permitido encajar en aquella concentración de occidentales sucios.

El arrepentimiento se convirtió en miedo cuando a los dos comerciantes que estaban a su izquierda los quitaron de en medio con brusquedad y una mano gruesa y peluda se le plantó en el hombro.

—¿Adónde crees que vas? —dijo una voz divertida al tiempo que lo arrancaban de la multitud y unos milicianos de aspecto fornido lo rodeaban rápidamente. Eran tres, iban vestidos con unas chaquetas verdes idénticas y Massoum apenas podía diferenciarlos. Todos tenían una nariz plana y rota, ojos porcinos y a todos les faltaban dientes. Uno de ellos tiró de la bolsa que llevaba al hombro y de pronto Massoum se sintió dominado por el pánico. No obstante, adoptó su habitual sonrisa tranquila, una sonrisa que había contribuido a conseguir la paz en cinco naciones y había cautivado a sultanes y caudillos por todos los territorios orientales.

—Señores —dijo, y se llevó un dedo a la frente y luego a los labios—. Sólo soy un comerciante que ha venido a negociar, un vendedor de especias. Tengo entendido que en Steelhaven hay una gran necesidad de...

—¡Cierra el pico, follador de camellos! —le espetó uno de los guardias utilizando un insulto que a Massoum ya le habían dicho que podía esperarse de esos occidentales groseros—. ¿Qué hay en la bolsa?

—Unas baratijas sin importancia. Recuerdos de mi tierra natal —contestó, pero el guardia fornido ya había empezado a rebuscar en

su contenido. Sacó una pequeña muñeca de trapo y el pelo natural de caballo que tenía en la cabeza se agitó a uno y otro lado de forma patética antes de que la volvieran a echar en la bolsa. El guardia volvió a meter la mano y en esta ocasión sacó un billetero pequeño de cuero y una sonrisa se le dibujó en la cara. Dejó caer la bolsa al suelo y se olvidó del resto de su inútil contenido.

—¿Y entonces esto qué es? —dijo al tiempo que abría el billetero y miraba dentro con avidez. Puso cara larga al ver lo que contenía—. ¿Qué es este montón de mierda?

Massoun abrió la boca para articular una respuesta, pero no tuvo oportunidad de hablar porque el guardia tiró el billetero, se abalanzó hacia él, lo agarró de la túnica y lo levantó del suelo. Se oyó el bochornoso sonido de la seda delicada al rasgarse y Massoum se preparó para lo peor.

—¡Basta!

Al oír la orden, el guardia se quedó inmóvil a medio asestar un golpe. Miró a la izquierda y Massoum siguió su mirada, y vio una figura alta de aspecto magnífico al otro lado de la entrada, flanqueada por dos imponentes caballeros cuya armadura tenía unas ramas de espino grabadas en metal y entramadas en torno a sus petos color carmesí. Eran Caballeros de la Sangre, el séquito personal del mismísimo rey Cael Mastragall.

—A partir de ahora nos haremos cargo nosotros, sargento —anunció el occidental atractivo, pero el guardia ya había soltado a Massoum y retrocedido un paso. El exdiplomático se agachó rápidamente, recogió el billetero y lo metió en su bolsa de preciadas baratijas que luego estrechó contra su pecho con actitud protectora.

Con gesto autoritario, el hombre le hizo señas para que avanzara. Él aceptó con mucho gusto y pasó junto a los guardias que se quedaron atrás mirando con cautela, ya fuera por respeto o por miedo, pero eso a él le daba igual.

—Por aquí —dijo el hombre, que empezó a alejarse, y Massoum lo siguió obedientemente. Le habían dicho que su contacto estaría esperándole, pero ¿un miembro de la guardia de honor del rey? Eso

no lo había previsto. ¿Y si este hombre no era su contacto? Tal vez... No, daba horror sólo pensarlo. No podían haberlo descubierto..., no tan rápido.

Lo guiaron a través de las calles, el hombre alto iba delante, con su pulcro y rígido uniforme a medida, con cuello alto y severo, y los dos caballeros —cuyas armaduras producían un leve ruido metálico— cerraban el paso tras él, ni demasiado cerca ni demasiado lejos.

Lo condujeron a un callejón oscuro, alejado de la nutrida multitud, y fue entonces cuando de repente Massoum empezó a temerse lo peor. Su instinto de supervivencia prevaleció. Había llegado el momento de hablar.

—Aunque agradezco vuestra ayuda, y os estaré eternamente agradecido por haberme arrancado de las fauces de una paliza segura, puedo aseguraros que puedo continuar andando por las calles de vuestra ciudad sin una escolta tan... robusta.

El hombre se detuvo por delante de él y los caballeros por detrás. Se dio la vuelta poco a poco y en las sombras del callejón su rostro se tornó grave, mientras que el corte recto de su uniforme le daba un porte siniestro y ominoso.

—Massoum Abbasi —dijo. «¡Maldición! Sabe mi nombre», pensó Massoum. «Estoy muerto»—. ¿Creías que el rey Cael no tendría sus propios agentes? Te han seguido durante todo el camino desde Dravhistan. Hace días que esperábamos tu llegada.

El hombre señaló a los caballeros de detrás con un movimiento de la cabeza y Massoum oyó que desenvainaban sus espadas anchas.

—Espera —dijo, embargado por el pánico—. Tengo información. Al menos deberíais interrogarme.

—Oh, sí, lo haremos. Y averiguaremos todo lo que ha planeado el príncipe de los elharim, aunque tenga que arrancarte la carne de los huesos.

—Puedo asegurarte que no será necesario —afirmó Massoum con una voz cada vez más aguda—. Ya verás que puedo ser muy sumiso.

—Pero ¿qué gracia tendría eso? —replicó el soldado apuesto, en cuya boca se dibujó una mueca sádica.

Massoum dio media vuelta y miró a los dos caballeros con los ojos desmesuradamente abiertos y temerosos. El primero de ellos avanzó y alargó una mano enorme guarnecida con guantelete; su armadura estaba tan bien engrasada que su movimiento apenas hizo ruido.

Fue entonces cuando se movieron las sombras.

Algo brilló por un brevísimo instante a pesar de la penumbra del callejón y el brazo del caballero, aun revestido como estaba por la recia armadura, cayó al suelo de pronto. El hombre gruñó y retrocedió tambaleándose y agarrándose el muñón del que la sangre oscura manaba a chorros de una arteria. Una figura, negra como las sombras y rápida como el viento marino, avanzó como una flecha. Hubo otro destello y Massoum vio una espada fina como un sable, pero recta como una flecha. El arma tiró un tajo con precisión por encima del gorjal del caballero, pero por debajo del borde de su yelmo, y le abrió una línea roja en la garganta. Mientras éste caía de espaldas gorgoteando, el segundo caballero avanzó a todo correr profiriendo unos rugidos de furia que sonaban amplificadas por detrás de su casco; pero la sombra se movió con más rapidez. Massoum oyó que la hoja destellante cortaba el aire dos veces en pronta sucesión y el caballero se desplomó sin hacer ruido, su cabeza aún con el yelmo cayó rodando a la izquierda y su brazo tronchado a la altura del hombro se torció a la derecha.

Todo esto ocurrió en un abrir y cerrar de ojos y la sombra siguió moviéndose con fluidez, y dio vueltas a algo que arrojó por encima de la cabeza de Massoum. Él notó el silbido del aire junto al oído y oyó un tremendo golpe sordo cuando el proyectil se incrustó en el hombre uniformado que tenía tras él.

Massoum lo vio caer con el rostro flácido y un pedazo de plata clavado en el ojo. Se desplomó como un peso muerto con la mano aún en la empuñadura de su espada de duelo que sólo había sacado a medias de su vaina.

Se hizo el silencio en el callejón. Massoum no se atrevió a volverse hacia la sombra mortífera, aunque lo había salvado de una muerte segura. Temblaba cuando la figura se deslizó junto a él en silencio, con

unos pasos suaves que no hacían ningún ruido sobre la tierra blanda. Se arrodilló para extraer el pedazo de metal del ojo del muerto y a continuación dijo:

—Amon Tugha te manda sus saludos. —Su voz era sedosa. La sombra se volvió a mirar a Massoum. El rostro estaba medio oculto tras una máscara de tela, pero los ojos eran dos pozos dorados, sin lugar a dudas era elharim—. Me enviaron aquí para protegerte, Massoum Am Kalhed Las Fahir Am Jadar Abbasi. Para asegurarme de que completes tu tarea de una pieza.

—Gracias —respondió él—. Y gracias también a Amon Tugha.

—Mi amo y señor no requiere tu agradecimiento, pero a cambio de la recompensa que ha acordado exige tu lealtad. Una oferta para traicionarle tan rápidamente al primer indicio de adversidad podría considerarse desleal..., podría verse recompensada con una muerte segura. Pero por suerte para ti, mi amo es compasivo.

Massoum estaba a punto de hablar para protestar de su inocencia, para intentar decir que no hubiera revelado nada, aunque lo hubiesen torturado los inquisidores más despiadados del rey Cael, pero sabía que las palabras serían inútiles. Este elharim podía ver a través de él, llegar a su corazón, eso estaba claro, de modo que se limitó a inclinarse profundamente y a llevarse el dedo a la frente y a los labios.

Cuando se irguió, el asesino elharim ya no estaba, pero sabía que no andaría muy lejos. Sin volverse a mirar los cadáveres, Massoum se dirigió callejón abajo, ansioso por llevar a cabo su tarea.

1

Subida al taburete podía mirar por la ventana abierta y ver toda la ciudad casi hasta Northgate. Fuera se oscurecía el cielo, pero la llegada de la noche no suponía ningún alivio del calor tan impropio de la estación. El aire estaba en calma y hacía bochorno, y como el vestido que la aprisionaba era muy pesado e incómodo, cada vez que respiraba trabajosamente tenía la piel más pegajosa.

—Ya os estáis moviendo otra vez —dijo Dore con su marcado acento de Stelmorn.

Janessa respiró profundamente y metió barriga tal como él le había ordenado cuando empezó esa tortura y volvió a quedarse quieta como una estatua. Puede que Dore Tegue fuera el mejor modisto de los Estados Libres, pero era ella la que sufría por su arte.

—¿Cuánto falta? —preguntó con los dientes apretados.

Dore dejó de ocuparse del brocado de seda que adornaba el frontal del vestido, dio un paso atrás y la miró con una ceja enarcada con gesto arrogante.

—Estas cosas no pueden hacerse con prisas. Se tarda lo que se tarda. ¿Os gustaría que os anunciaran en el banquete con un vestido raído o preferiríais ser el tema de conversación de la velada?

—Ahora mismo me conformaría con algo que no me partiera en dos —masculló ella entre dientes, pero sin duda Dore la oyó. Y con una brusca exhalación por las anchas ventanas de su nariz, volvió a atacar el vestido con aguja e hilo.

Janessa miró a Graye, que estaba sentada en el poyo de la enorme ventana que daba a la ciudad, una ciudad de maravillas, secretos y aventura en la que ella tenía prohibido entrar. Su doncella tenía una sonrisa pícara en la cara, quizá porque obtenía cierto placer sádico de

la incomodidad de Janessa, pero eso no duraría mucho. Estaba decidida a que su amiga sufriera a su vez un tormento similar.

Un repentino pinchazo de dolor en el muslo hizo que Janessa se estremeciera, soltara un chillido y estuviera a punto de caerse del taburete.

—Dore, ¿qué intentas hacer, arreglar el vestido o llenarme de agujeros de alfiler?

—Lo siento, mi señora —respondió el modisto sosteniendo en alto la aguja responsable con aire inocente—. Pero no dejáis de moveros. ¿Cómo esperáis que pueda trabajar en estas condiciones?

Parecía tan desolado como un artista obligado a pintar sin cabellete o pincel.

—Mira, por ahora ya he tenido bastante. —Janessa se remangó el pesado vestido y bajó del taburete, luego se sacó de un tirón la banda que sujetaba su cabello largo y pelirrojo anudado a la cabeza y dejó que le cayera por los hombros como riachuelos ensortijados.

—Pero, mi señora, todavía tengo que arreglar el dobladillo, meter el canesú y terminar de fruncir las mangas.

—Puede esperar. Si tengo que pasar un segundo más en ese taburete voy a explotar.

Dore empezó a arrojar sus tijeras, bobinas, dedales, hilo y agujas con irritación en los varios compartimentos de su pequeño costurero de madera.

—En Stelmorn me trataban como a un señor —masculló—. Las señoras refinadas llamaban a mi puerta para rogarme el beneficio de mis habilidades, y heme aquí, reducido a poco más que un criado. Víctima de los caprichos de la aristocracia desagradecida. ¿En qué estaría pensando?

Con estas palabras cerró su costurero de golpe, alzó la nariz al aire y se dirigió indignado hacia la puerta.

—Lo más probable es que estuvieras pensando en el dinero de las arcas de mi padre —dijo Janessa antes de que el hombre pudiera dar un portazo al salir.

Graye se echó a reír.

—¿Cuántos modistos van con éste? —preguntó con una sonrisa a Janessa, que aún estaba batallando en los confines del enorme vestido color granate.

—Tres... este mes. Y ahora deja de sonreír y ayúdame a salir de esta cosa.

Graye cruzó la habitación con una risa tonta y empezó a desatarle el canesú.

—Tarde o temprano vas a tener que sufrir una prueba —dijo mientras lidiaba con los cordones—. Falta menos de una semana para el banquete.

—Ya lo sé. Pero es que es tan aburrido, y mira lo que tengo que ponerme. —Salió retorciéndose del vestido y lo dejó caer al suelo—. Parece un pastel. Al menos debería poder elegir el color.

—¿Y qué elegirías? Algo color rojo sangre o negro azabache, diría yo. Janessa sonrió.

—¿No sería estupendo? Imagínate sus caras cuando entrara.

—Sí, e imagínate a tu padre cuando se enterara.

Janessa se volvió a mirar a Graye con el ceño fruncido.

—¿Es que siempre tienes que echar agua en cualquier llama de una idea?

—Una de las dos tiene que ser sensata. El rey ya tiene bastantes preocupaciones sin que tú causes una conmoción siempre que tienes oportunidad. Tarde o temprano tendrás que hacer frente a tus responsabilidades.

Janessa se dio la vuelta hacia la ventana mientras reprimía una repentina punzada de tristeza. Sabía que Graye no lo había dicho con mala intención, pero los recordatorios de sus obligaciones eran cada vez más insistentes y a veces lo único que quería era olvidar. Ella no había nacido para dicha responsabilidad y, desde luego, no era una que deseara tener. Sencillamente no estaba hecha para ser reina. Janessa había sido la última en la línea de herederos al trono por detrás de su hermano y hermana, antes de que la peste los hubiera enviado tempranamente a la tumba junto con su madre. Ahora era la única que cargaba con la sucesión, y la responsabilidad le pesaba demasiado.

—Lo siento —dijo Graye, y le puso la mano en el brazo—. No era mi intención molestarte.

—Ya lo sé —respondió Janessa, que se volvió para mirar a su amiga e intentó sonreír—. Lo que pasa es que se suponía que las cosas no iban a ser así. Eran Drake y Lisbette los que fueron educados para esto, los que aprendieron el refinamiento afectado de la corte. Los que habían nacido para gobernar.

—Y tú siempre fuiste la rebelde. Yo estaba allí, ¿recuerdas?

El comentario hizo sonreír a Janessa. Graye siempre había estado allí, era su compañera constante y podía compartir su dolor porque ella también había perdido a su familia víctima de la peste. Sus padres habían sido de los primeros en caer y, tras la muerte de lord y lady Daldarrion, Graye había ido a vivir a Skyhelm, el palacio del rey Cael Mastragall. El hecho de tenerla como amiga íntima había sido lo único que ayudó a Janessa a superar esa época terrible, cuando el Dulce Cáncer se había cobrado casi una cuarta parte de los Estados Libres.

Dulce Cáncer. Parecía una flor o uno de los perfumes exóticos que a su madre le gustaban tanto, pero era un nombre que clavaba el miedo en los corazones de todos los hombres, mujeres y niños, y al que no le importaba si el que se llevaba era rey o mendigo. Había surgido de la nada y se había abatido sobre los Estados Libres como un asesino en la noche. No tenía nada de «dulce». Una vez lo sufrías, la muerte te sobrevenía en forma de pesadilla febril, con el olor fantasmal de la canela y el clavo inundándote las fosas nasales. De ahí le venía el nombre..., quizás a alguien le pareciera un chiste. Nadie se reía.

—Bueno, ya no soy rebelde —dijo Janessa mientras intentaba deshacerse de su malestar—. Ahora soy una dama de la corte, heredera al trono, la mujer que será reina. —Se puso a brincar por la habitación imitando los andares airosos de los serviles cortesanos con los que últimamente se había visto obligada a relacionarse.

Graye se rió otra vez.

—No has cambiado mucho precisamente, ¿eh? Sigues sirviendo más para montar como un hombre o trepar a los árboles que para el

refinamiento y los compromisos públicos. ¿Cómo va a casarte nunca tu padre?

Janessa le dirigió una mirada explícita a Graye. La doncella se dio cuenta de su error y se le borró la sonrisa fácil de la cara.

—Tarde o temprano tendrás que aceptar tus responsabilidades —dijo Graye—. No van a desaparecer.

—No —respondió Janessa, y miró hacia la ventana al tiempo que se le ocurría un plan descabellado—. Pero tal vez podríamos desaparecer nosotras. Tal vez pudiéramos huir lejos de aquí, lejos de esta prisión.

—¿Y adónde iríamos? No podríamos ir a ninguna parte en los Estados Libres; los Custodios nos encontrarían en un santiamén. Quizá preferirías que cruzáramos los mares hasta Dravhistan, donde tratan a sus mujeres como criadas, o que nos dirigiéramos al norte, a la estepa, donde los khurtas nos utilizarían como putas.

—¡Graye!

—Es la verdad. A veces dices cosas de lo más tontas. Si tu padre estuviera aquí...

—Pero no está aquí, ¿verdad, Graye?

—No, no está. Está con el ejército en nuestras fronteras septentrionales, preparado para defender nuestro país de los invasores. Está cumpliendo con su obligación para con su pueblo. Quizás es hora de que tú hagas lo mismo.

—A veces puedes llegar a ser muy pesada —dijo Janessa, pero en el fondo sabía que su amiga tenía razón. A menudo Graye era la voz de la cordura, pero a veces era la voz que más costaba oír.

El más septentrional de los Estados Libres, Dredun, había sido invadido por unas enormes huestes de khurtas, salvajes de la estepa del norte. Dredun estaba en ruinas; su población, que acababa de recuperarse de los horrores del Dulce Cáncer, había sido pasada a espada y fuego. La ciudad de Steelhaven estaba llena de refugiados de Dredun y otras provincias, desesperados por huir de la invasión. En respuesta a semejante atrocidad, el rey Cael había conducido al norte a los poblados ejércitos de los Estados Libres para enfrentarse al enemigo.

A su padre lo llamaban el Unificador: había reunido a los dispares reinos de los Estados Libres bajo una bandera cuando se enfrentaban a una fuerza invasora de hombres-bestia aeslanti en el sur. Dicha incursión había terminado con su victoria, pero ahora el rey Cael se enfrentaba a una amenaza mayor: se decía que las tribus de los khurtas se habían aliado bajo su propio caudillo, un guerrero de las Tierras Fluviales, en el extremo norte. Amon Tugha, un elharim inmortal expulsado por su propio pueblo, se había dirigido al sur para reclamar un reino para él, y Steelhaven sería su máxima presa. Sólo se interponían en su camino el rey y sus ejércitos unidos.

Y ahí estaba la causa de todos los problemas de Janessa. A pesar del poder del rey Cael y de la lealtad que exigía, la alianza de los Estados Libres todavía era frágil. El rey no era joven y siempre dirigía la batalla desde el frente, en contra de los consejos de sus generales. Si lo mataban, bien podría ser que los tratados que unían a los Estados Libres se extinguieran, lo cual sería desastroso. Janessa tenía que casarse lo antes posible con un noble de una de las provincias importantes. Su matrimonio sellaría la unión de los Estados Libres durante décadas y sus hijos perpetuarían el legado. Era algo que ella estaba aceptando muy lentamente.

Llamaron con fuerza a la puerta. Antes de que Janessa pudiera contestar o cubrirse siquiera por pudor, puesto que iba con las enaguas blancas de algodón, la puerta se abrió.

Odaka Du'ur era tan alto que para entrar tenía que agacharse por debajo del dintel. Su túnica color púrpura tenía un estampado con hilo amarillo y dorado que representaba unos pájaros estilizados y unos molinos y ramas que se cruzaban. Los bajos y los puños estaban ribeteados por unos símbolos astrológicos que rodeaban también la base del sombrero pequeño y redondo que adornaba su cabeza y que añadía unos centímetros a su ya imponente figura. Pero su extravagante atuendo no era el rasgo más llamativo de este hombre, porque tenía la piel de un negro reluciente, lo cual lo señalaba como nativo del continente de Equ'un, mucho más allá de la frontera sur de los Estados Libres. La verdad es que era raro encontrar este tipo de ex-

tranjeros en los Estados Libres Teutones, pero en la corte del rey Cael Mastragall todo el mundo conocía a aquel hombre porque era su consejero de más confianza y, en ausencia del rey, el actual regente.

Odaka inclinó la cabeza.

—Mi señora —dijo, y su voz profunda retumbó como un cuerno de metal. Hizo caso omiso de Graye, pues como siempre decidió no reconocer a los que consideraba inferiores a él.

—¿A qué debo esta intrusión? —replicó Janessa, que ni siquiera intentó taparse más. Si Odaka se atrevía a entrar en su aposento sin anunciarse, ella no iba a darle la satisfacción de demostrar que eso le preocupaba.

—Acabo de cruzarme con vuestro modisto cuando salía. Parecía muy consternado. ¿Ha habido alguna clase de... problema?

—No. Ningún problema, en absoluto —mintió Janessa, pero vio que los ojos de Odaka se dirigían al vestido abandonado en un montón en el suelo. Avanzó y se agachó a recoger la prenda.

—Veo claramente que sí lo ha habido. —Intentó quitar las arrugas de la tela en vano—. ¿Cuántos modistos van con éste?

—¿No son tres? —terció Graye, como si pudiera ganar algún premio con su respuesta.

Janessa reprimió una risa. Odaka no le hizo caso.

—Mi señora, no creo que tenga que recordaros la importancia de la inminente Fiesta de Arlor y de vuestra presencia en ella. No puedo insistir lo suficiente en lo esencial que es que tengáis vuestro mejor aspecto. Significará mucho para vuestro padre, por no mencionar para el futuro del reino.

—Si te refieres a que me van a comer con los ojos y me van a examinar como a una yegua en celo antes de entregarme al semental ganador, entonces sí, soy muy consciente de mi papel, Odaka. No necesito que se me recuerden los sacrificios que estoy haciendo por mi país.

Odaka entrecerró los ojos y Janessa vio un repentino brillo de furia en ellos. Tuvo que admitir que eso la asustó, pero desapareció con la misma rapidez con la que había surgido.

—Todos somos siervos de la corona, mi señora, y algunos de nosotros debemos hacer sacrificios mayores que otros.

—Sí, estoy segura. —«¿Y cuáles han sido tus sacrificios, Odaka?», pensó, intentando disimular su desprecio. «¿A qué has renunciado tú al servicio de mi padre aparte de a las llanuras salvajes del continente del sur y a los peligros de la selva? Da la impresión de que te ha ido muy bien, a fin de cuentas.»

—No es necesario que os preocupéis, mi señora; dicen que el heredero del duque Logar es un joven muy apuesto. De espaldas anchas y bien instruido. Estoy seguro de que será un magnífico esposo.

—¿Pues por qué no te casas tú con él, Odaka? Puedes llevarte también el vestido si quieres. —Señaló con un gesto la monstruosidad granate que el regente aún sostenía en sus grandes manos.

Odaka respiró profundamente, esta vez sin mostrar furia, sino más bien decepción. Janessa se dio cuenta de que se había mostrado irritable y exigente, un comportamiento que había visto en otros nobles a lo largo de los años y que detestaba, pero sencillamente no podía evitar sentirse como se sentía. Los matrimonios concertados podían estar bien para la nobleza en general, pero no para ella. A Lisbette, su hermana mayor, siempre la habían exhibido delante de los nobles visitantes en tanto que Janessa podía retirarse a un segundo plano y pasar desapercibida. Ella era la hermana menor errante, la loba de pelo rojo de la familia, a la que se le permitía correr con desenfreno y jugar con dureza. Ahora todo eso había cambiado y se sentía arrojada al papel protagonista en el momento estelar de un espectáculo itinerante. Eso no era para ella, y estaba decidida a contarle a cualquiera que quisiera escucharla lo mucho que lo odiaba.

—Quedaré con otro modisto para que os visite mañana —dijo Odaka, y se puso el vestido sobre el brazo.

—Como quieras —respondió ella, que se sintió derrotada por la calma de aquel hombre. Sus intentos de provocarle parecían haber fracasado y no pudo evitar admirarlo un poco por ello.

—Mi señora —dijo Odaka con una última inclinación antes de abandonar el aposento.

—Podría haber sido peor —comentó Graye en cuanto la gran puerta de roble se hubo cerrado tras él.

—No le tengo miedo a Odaka Du'ur —dijo Janessa, aunque no estaba segura de si creía sus propias palabras—. Lo único que estoy deseando hacer cuando sea reina es librar Skyhelm de su influencia. No tengo ni idea de por qué mi padre lo mantiene a su lado. ¿Un extranjero como regente? ¿Por qué consideró siquiera semejante cosa?

—Tu padre confía en él, y de momento no se ha equivocado.

—Mi padre confía en cualquiera que le sea leal, y en ese sentido Odaka sin duda da esa impresión. Le salvó la vida a mi padre cuando combatían a los aeslanti, o al menos eso dice Garret, pero sigue habiendo algo en él que no me gusta.

—¿El hecho de que sea extranjero? ¿O el hecho de que tu padre lo escucha?

—Eso no tiene nada que ver. Mi padre puede tener todos los consejos que quiera, pero si cree que puede mangonearme cuando no está, se equivoca.

—Así pues, ¿no vas a conocer al hijo del duque Logar?

—Haré lo que me plazca y hablaré con quien quiera.

A pesar de las protestas de Janessa, Graye no podía borrar una sonrisa pícaro de su rostro.

—Estoy segura de que lo harás, pero dicen que es muy apuesto. —La doncella tensó la mandíbula y bizqueó, con lo que le dio un aspecto ridículamente bruto a su hermoso rostro—. Y es ancho de espaldas, acuérdate. —Se puso a andar por la habitación a grandes zancadas como si fuera un simio patizambo, lo cual provocó las carcajadas de Janessa.

—Cuando el hijo del duque Logan venga a la corte seré la dama perfecta —declaró Janessa cuando por fin recobró la compostura—. Y estoy segura de que él será el noble perfecto; hablará de espadas, de caza y de la guerra y yo me aburriré, pero no lo demostraré y luego me besará la mano y ya estará.

—¿Ya estará el qué?

—Estaré prometida. —En cuanto pronunció estas palabras se dio cuenta de que, pese a todas sus bromas, era la única conclusión posible.

—Será mejor que me dejes llevar la cola de tu vestido de boda —dijo Graye.

—Podéis llevarlo tú y Odaka, los dos juntos —replicó Janessa.

Las dos rieron la ocurrencia.

Pero lo único en que Janessa podía pensar era en que su futuro había sido planificado, el barco había zarpado y no importaba lo que ella hiciera para gobernarlo, porque no había nada que pudiera hacer para influir en su rumbo.